

Notas para un centenario Fernández Flórez y “La Defensa”

JOSE ANTONIO MIGUEZ*

Parece llegado el momento de reivindicar en totalidad la figura y la obra de Wenceslao Fernández Flórez. Es buena ocasión para ello la celebración del centenario del escritor coruñés, blanco por cierto de los juicios más contradictorios en torno a su producción literaria. De Fernández Flórez se han dicho palabras que casi descalifican su obra, en tanto ha habido elogios que, sin sublimar con exceso sus escritos, los sitúan a una altura más que apreciable. Gonzalo Torrente Ballester, reconocido crítico de los autores contemporáneos, ha llegado a minimizar literariamente los relatos de Fernández Flórez, calificándole de “novelista del pequeño burgués escaso de apetencias literarias” (1), en paralelo tal vez con la atención que merecía para su público el teatro de Benavente. Pero, frente a quienes así le trataron, o virtualmente le desconocieron, como Angel Valbuena Prat o Angel del Río, hay que valorar positivamente la crítica comprensiva, más extensa y menos superficial, de un estudioso de la novela española contemporánea como Eugenio G. de Nora. Para el análisis crítico de Eugenio G. de Nora, en una sola novela del escritor coruñés, *El bosque animado*, del año 1943, pueden resumirse las “plurales capacidades literarias de Fernández Flórez, realista y lírico, tierno y humorista, intelectual escéptico y hondamente poeta” (2), capaz de la fabulación poética más delicada en una novela cuyo protagonista es el campo, la querida y entrañable *fraga* de Cecebre, refugio tantas veces de la melancolía ensoñadora del escritor galaico.

Fernández Flórez, como es sabido, se inició a la literatura en el periodismo de principios de siglo. Esto lo constatan todos sus biógrafos y quienes, como el citado Eugenio G. de Nora, confirman sus comienzos de periodista provinciano, en La Coruña y El Ferrol, antes de trasladarse a Madrid para colaborar en *La Ilustración española e hispanoamericana*, *El Imparcial* y, por último, en el *ABC*. De Fernández Flórez se puede seguir paso a paso su colaboración en los periódicos coruñeses y ferrolanos —lo hace así con bastante precisión Benito Varela Jácome en el artículo que dedica a Fernández Flórez en la *Gran enciclopedia gallega* (3)—, pero ha faltado siempre, por olvido o desconocimiento involuntario, una mención del periodista que animó y enriqueció las páginas de *La Defensa*, un importante semanario brigantino, “órgano de las Asociaciones de Agricultores”, cuyo primer número se publica el domingo, cinco de agosto de 1906, con el propósito de “velar por los intereses de la clase agrícola, defender sus derechos y contribuir en la medida de nuestras fuerzas a la extirpación del caciquismo, de esa plaga nacional peor cien mil veces que el feudalismo, opresor en la Edad Media de los siervos del terruño”, tal como se dice en el artículo editorial que expone el programa del periódico.

* José Antonio Miguez es catedrático de Lengua y Literatura españolas en el Instituto de Bachillerato “Francisco Aguiar” de Betanzos, catedrático excedente de Escuelas Universitarias y asesor del Anuario Brigantino.

(1) G. Torrente Ballester, *Panorama de la literatura española contemporánea*, Ediciones Guadarrama, S.L., Madrid, 1956, pág. 300.

(2) Eugenio G. de Nora, *La novela española contemporánea*, t. II, 2.ª edición, Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, S.A., Madrid, 1973, pág. 36.

(3) Los únicos periódicos aquí mencionados por Varela Jácome son *La Mañana*, *Heraldo de Galicia*, *Tierra Gallega*, *Diario Ferrolano* y *El Noroeste*. (Cf. *Gran Enciclopedia Gallega*, t. 12, pág. 55).

Sin duda desde La Coruña, puesto que *La Defensa* aparece impreso en los talleres de *Tierra Gallega* de esta ciudad, pero pensando “en las sencillas y pobres gentes del campo”, a las que *La Defensa* no dejará de defender en ningún momento, el cuerpo de redacción del periódico y con él el joven periodista Fernández Flórez, imprimen carácter y una significación especial —literaria y polémica sobre todo— a una prensa que, como la brigantina, sobrevivía por el entusiasmo inigualable de unos pocos, a menudo ciertamente con notoria dificultad. Fernández Flórez figuró oficialmente como director del semanario *La Defensa* desde la aparición del periódico hasta el dos de junio de 1907, aunque ya en una de las *Notas brigantinas* del número veintidós de este semanario, correspondiente al treinta de diciembre de 1906, se anuncia el nombramiento de Fernández Flórez como director de *El Diario ferrolano*, periódico de la vecina ciudad departamental. Aquí, en *La Defensa* brigantina, lució la pluma de Fernández Flórez en el trato de los más variados temas. Editorialista sin duda alguna, en artículos sin firma que alentaban un tanto demagógicamente la lucha agraria, Fernández Flórez fue, sin embargo, mucho más que un periodista ocasional: fue, por encima de todo, el animador de unas secciones literarias en las que empezaba a brillar su prosa y su estilo narrativo, impresionante y angustioso a veces al querer hacer suyos los problemas del hombre campesino.

Como ya se ha hecho notar en nuestro estudio sobre la prensa brigantina, esa inquietud por la situación del campo gallego es casi una constante en los artículos de Fernández Flórez publicados en *La Defensa* (4). Ya desde su primer número, el joven periodista coruñés cubre con su firma una columna que bajo el título *Campesinas* va a reflejar sus preocupaciones por la triste realidad del labrador. “¿Conocéis nuestras aldeas? ¿Habéis pasado tan sólo un mes en cualquier rincón campesino de Galicia?”, se pregunta en tono de acusación Fernández Flórez. Para responder él mismo por los demás con los tintes más negros y desesperanzados, pero que le ayudan también a definir unas características propias del campesino gallego: “Entonces —dice en esa respuesta Fernández Flórez— no precisáis que os pinte el cuadro; por poco observadores que seáis, habréis visto en medio de la sencilla vida patriarcal del labriego, la amargura de su carácter, de la que es corolario esa triste ironía que es la nota saliente del habla aldeana, ese recelo instintivo hacia todo, ese retraimiento desconfiado que es casi proverbial en nosotros”.

El cacique, “el *amo* que mueve a su antojo los muñecos abúlicos” —alusión a los campesinos dispuestos a soportar calladamente todas las tiranías—, es, en casi todos los casos, el destinatario de los ataques continuos del periodista Fernández Flórez. Batallador como el que más, incansable en la denuncia de los males del campo, Fernández Flórez llega a simplificar la cuestión en términos de buenos y malos, situando a un lado —el lado malo— el “matonismo” del cacique odioso, y al otro —el lado bueno— el humilde y callado ejemplo del honrado labriego. El sacerdote, incluso, aparece en alguna de estas *Campesinas* —por ejemplo en la publicada con el título *Misión noble* en el número cinco de *La Defensa*, de dos de septiembre de 1906— como colaborador del cacique, o, al menos, como haciendo dejación de la hegemonía de que disfruta, y, en virtud de la cual, podría él mismo convertirse en misionero de hermandad campesina para dignificar de una vez la vida del campo.

Cotejando estos artículos con la actividad periodística posterior de Fernández Flórez podría pensarse en un doble y laberíntico personaje, frustrado el primero por su misma timidez e irresolución —fruto quizá de su temprana orfandad— en el intento de agitar social y políticamente las masas campesinas, y encaminado después el segundo, con la conciencia del fracaso de su utopía juvenil, por la vena literaria humorística, irónica y tremendamente escéptica, sustitutiva de unos ideales que ya nunca serán otra cosa que pura ensoñación y, allá en el fondo, repudio absoluto, categórico, de la despreciable realidad con la que se enfrenta.

Esa corta etapa de su colaboración en *La Defensa* revela la inclinación de Fernández Flórez por unos temas específicos en los que el autor ensaya con éxito el género de la narración corta, con descripciones muy vivas en las que entran en juego seres de otro mundo o almas en pena, noches lluviosas y tristes, bosques de árboles añosos y, sobre todo, la carga terrible de superstición y de miedo que seguramente no le abandonó en toda su vida. En su narración breve *En la noche negra*, de dos de diciembre de 1906, recogida en nuestra *Historia y vicisitud del periodismo brigantino*, Fernández Flórez explica así su pavoroso terror a la noche, digno en verdad de un análisis psicoanalítico freudiano: “Yo llevo sobre mí una carga pesada y horrible de supersticiones, de miedos; yo sé que hay horas en la noche en que, como vibran las placas de un micrófono al recoger un sonido, vibra el

(4) Cf. *Historia y vicisitud del periodismo brigantino*, Betanzos, 1960, especialmente pág. 80 y sgs.

alma al chocar con ella ideas de otras almas ignoradas, suspiros que vienen de no sabemos donde: amarguras grandes, extraviadas, hálitos fantásticos que llegan de otros mundos, que caen suavemente del cénit negro en las noches silenciosas, que emergen de los rincones de los bosques aldeanos y del fondo de los abismos que acaso guardan esqueletos de cuerpos destrozados que arrojaron allí crímenes desconocidos". Es la presencia del propio autor en estas descripciones tétricas, llenas de hondo misterio, la que da mucha más fuerza y verosimilitud al cuadro de la noche que quiere evocar Fernández Flórez. Hay que destacar, como decíamos, esa afirmación concluyente —“yo llevo sobre mí una carga pesada y horrible de supersticiones, de miedos”—, para ahondar tras ella en los estados de ánimo de un joven que llegaba a la literatura invadido de un subjetivismo romántico, pesimista y desalentador, pero positivo al fin para la creación literaria por la poderosa magia con que valora el sueño y, con él, toda la inquietud imaginativa de su alado espíritu.

“Terrores hondos de las cosas pequeñas”, inexpresables para el lenguaje, siente en sí mismo el joven huérfano que fue Fernández Flórez. Pero esto no le coarta ni le impide escribir, antes al contrario; ese mundo de silencios, de sombras, de pisadas misteriosas, que se renueva casi constantemente en las narraciones de *La Defensa*, confiere un valor personalísimo a los escritos del autor porque traduce una inclinación dolorida, de desvalimiento, de culpabilidad inconsciente e inexplicable a la que sólo el vigor y la precisión de la pluma pueden ofrecer el desahogo expresivo que su alma necesitaba.

Tal es en síntesis el periodista y escritor que quisiéramos recordar en estas páginas. Ensimismado y luchador, obseso con el poder del cacique y solidario con el sufrido campesino que cumple todavía el papel de esclavo, Fernández Flórez lanza un grito angustiado desde *La Defensa* para todo el que desee escucharle. Creemos que es sincera la pasión con que defiende al hombre y es sincero también, a no dudarlo, el amor apasionado que siente por Galicia y por las figuras que consagraron todo su esfuerzo a su liberación y desarrollo. Curros Enríquez, el poeta desaparecido en marzo de 1908, resume para Fernández Flórez esa lucha de los buenos gallegos por restaurar el honor de la patria. Que sea el joven periodista coruñés quien escriba en el número ochenta y cinco de *La Defensa*, de quince de marzo de 1908, el principal artículo editorial en elogio póstumo de Curros Enríquez, proclama a las claras hasta qué punto se sentía entrañablemente vinculado Fernández Flórez a los ideales del poeta muerto, en quien veía él reflejado, conforme a su imaginación juvenil, “la impresión de un tiempo de ensueño”. Ese tiempo parecía evocar una época lejana, vista con indiferencia en la perspectiva desoladora de aquel momento. Fernández Flórez unía así una vez más a su ánimo de luchador por las clases oprimidas el reconocimiento de los “escritores robustos”, de los hombres que, como Curros Enríquez, representaban literaria y socialmente una esperanza de redención y de progreso.

Las páginas del semanario brigantino *La Defensa* testimonian de este modo cómo se forjaba la pluma batalladora de Fernández Flórez. En esta su etapa juvenil, admitamos que un tanto demagógicamente, Fernández Flórez desahogaba sus tristes presagios y, al mismo tiempo, su irrefrenable poder de ensoñación. Para los que conocen sólo su obra de madurez y por ella, consiguientemente, le califican de mente conservadora y burguesa, quizá venga bien recordarles al joven periodista Fernández Flórez, que hacía suyos de tal manera los sufrimientos de los oprimidos y ponía todo su empeño en remediarlos. De ese contacto con la miseria humana y con los problemas irresolubles del campo de Galicia, debió quedar sin duda en el espíritu solitario y tímido de Fernández Flórez el poso de ironía constante, escéptica en el fondo, que transparenta claramente toda su producción literaria.



Los siervos

De todas esas ráfagas de libertad, de ideas nuevas, de ansias de una vida auxiliada en su desarrollo por las leyes de un derecho humanitario, que hoy olean los pueblos y originan en los cerebros efervescencias de ideas que á veces arrastran á los hombres á dañinos extremos de locura; de todo este flujo de clases que avanzan hasta tocar los límites sociales que á su entender les corresponden, nada ha influido, nada ha rozado todavía al labrador gallego, á la oruga miserable de la tierra, que entre sus surcos nace, que de ella saca el parco sustento, y á ella vuelve en la definitiva caída, sin que en el transcurso de su vida puramente mecánica, de siervo irredento, haya creído ni una hora tan solo, en que su labor incesante, sus condiciones de existencia puedan llevar encerradas en sí algo que le dé valor intrínseco, que le dé personalidad y derecho á beneficios morales.

Dírase que pesa sobre su espíritu el abotargamiento de largos años de esclavitud, el sello de una raza entera que fué primero servidora del señor feudal, luego servidora de la tierra que tiene siempre tiranías de madrastra y exigencias de reina orgullosa; y dírase que la costumbre del yugo hace que las generaciones surjan ya con la cerviz doblada, bajos los ojos, llevando en el alma la obediencia y la humildad ciega, herencia de sus padres y de sus abuelos, que ahoga esos gérmenes naturalísimos de rebelión que anidan siempre en el alma humana, desde que es.

Sobre los campos flota como niebla pegajosa y densa este espíritu de resignada apatía; parece la fase de un cretinismo que se hubiese adherido á todo un pueblo y lo cercase en infranqueable valla.

¿Conocéis nuestras aldeas? ¿Habéis pasado tan sólo un mes en cualquier rincón campesino de Galicia?... Entonces no precisáis que os pinte el cuadro; por poco observadores que seáis, habréis visto en medio de la sencilla vida patriarcal del labriego, la amargura de su carácter, de la que es corolario esa triste ironía que es la nota saliente del habla aldeana, ese recelo instintivo hacia todo, ese retraimiento desconfiado que es casi proverbial en nosotros.

El amo es el que mueve á su antojo los muñecos abúlicos; el amo puede aumentar la renta, el amo puede expulsar del lugar, el amo puede dar el duro castigo del hambre á la resistencia que pueda oponerse á una orden. Su religión es la religión del aldeano; su política, la que hay que ayudar sus tiranías, las que sopartar callados; la mano en que empuña el látigo, la que hay que besar, sombrero en mano.

Y el labriego, agobiado, no piensa en la protesta, en la lucha; cuando acorralado por el caciquismo siente el llamar del hambre en su choza, sale de ella y va á unirse á sus compañeros de desventura, á ser uno más en el rebaño de expatriados é ir á buscar en otros países ambiente menos opresor que no esterilice sus trabajos, que no le devuelva amarguras por sacrificios.

Ved ahí una hermosa obra de redención que emprender. Vosotros los que os preciáis de ejercer el apos-

tolado de la libertad, la defensa de los legítimos derechos del hombre, ved como habéis saltado un escalón en vuestra marcha; ved como, envueltos en una atmósfera de arcaísmo angustioso, hay hombres que ejercen faenas públicas, hombres que laboran la base de muchos grandes bienes, y que sufren sobre sus almas resigna-

das el peso de un destino trágico, de una condena de dosamparo, de abandono triste, de exclusión de casi todos los privilegios sociales.

Ved ahí una hermosa obra de redención que emprender,

W. FERNÁNDEZ FLÓREZ.

La Defensa, n.º 1, 5 de agosto de 1906.

LITERATURA

El sendero de la vida

.....
Y pasaban unos y otros, gritando algunos, callados los restantes, marchando todos hacia el final de aquel sendero que se envolvía en las brumas de lo porvenir.

Se escuchaban pasos precipitados de gente que corre en tropel, pisadas trabajosas de alguien que se arrastra, rumores apacibles, carcajadas violentas, gemidos ahogados de dolor...

Venían de donde yo venía también: de atravesar el jardín risueño de la juventud que hay antes de que el camino, torciendo bruscamente su sinuoso trazado, siguiese por el frío desierto. Venían del oasis por el que yo había pasado presuroso, en mi afán de ver más... de sufrir menos...

Y fué tan rápida mi odisea, tan dolorosa mi caminata, que tengo de mi existencia la impresión de un fatigazo en que la correa sifra y se enrosca en la cara y se retira veloz invisible, dejándonos doloridos... acardenalado el rostro... temblorosos los músculos..

Cuando se cerraron los ojos de mi alma para el placer, cuando me rodearon las tinieblas y sufrí la angustiosa impresión de la noche eterna de la desgracia, y tropecé en mi camino y batió mi cuerpo el duro suelo, tendí mi mano anhelante buscando en el vacío otra mano amiga, y no la encontré.

Entonces permanecí al borde del camino, callado... triste..., extendido constantemente el brazo fatigado que mendiga un apoyo que no viene jamás.

.....
Y pasan unos... y otros...

Y á veces llegan á mis oídos palabras de consuelo que no son para mí, besos de pasión que nunca me han rozado, gritos de victoria que no he podido lanzar yo, hecho á gemir mis desventuras.

Al eco de los pasos trabajosos de alguien que pasa, se une el de otros pasos lentos también, pero más seguros de otro alguien que fortalece al primero que le sirve de lazarillo en su carrera.

Y yo siempre solo, sin dichas... sin recuerdos...

Quien no pudo hacerse amar en su juventud ¿con qué recuerdos puede

alimentar su vejez?

.....
Y siguen todos sin detenerse, sin mirarme...

Alguna vez, en la negrura de mi cruel ceguera, resplandece un rayo de fé, una esperanza siempre frustrada, y avanzo mi cuerpo encorva-

do y extendo mi mano, suplicando en vano á los que pasan:

—¡Dejadme un a limosna de amor; un óbolo de cariño para mis tristezas!...

W. FERNÁNDEZ FLÓREZ.

La Defensa, n.º 13, 28 de octubre de 1906.

LITERATURA

EN EL BOSQUE

Iba agonizando lentamente aquella tarde lluviosa y tristonaa, y aún no habíamos andado la mitad del camino que nos separaba de la aldea más próxima.

Yo iba taciturno, mohino, chapoteando en los charcos con mis pesados zuecos y hundiendo mi cabeza entre el alzado cuello de mi vieja chaquetita, para preservarme del frío.

Mi madre caminaba a mi lado arrastrándose trabajosamente, apoyando en mi hombro su mano descarnada que tantas veces había adelantado hacia el transeunte para implorar el alimento que había de sustentarnos.

Aquel día, contra la eterna costumbre la suerte nos había favorecido. En el lugar que atrás dejábamos se habían compadecido de nuestro aspecto miserable, y como agradable resultado de esta compasión caritativa, algunas monedas de cobre sonaban en la remendada faltriquera de mi madre.

¡Qué largo me parecía el camino! Comenzaba a sentir dolorido el hom-

bro en que se apoyaba la anciana; experimentaba hambre y sueño á la vez, y ese vago malhumor de niño descontentadizo, que me tornaba desasosegado é inquieto.

Al fin penetramos en el bosque que comenzaba a poblarse de sombras densas y compactas.

Yo arranqué una larga vara de fresno con la que iba golpeando las abultadas matas de ortigas y los raquíticos helechos que crecían á la orilla del angosto sendero que seguíamos.

Y nos fuimos internando entre la crecida maleza y las apretadas hileras de árboles que formaban sobre nosotros un toldo oscuro y movable, esmaltado á trechos por trocitos de cielo negruzco y amenazador.

Más adelante nos envolvieron las sombras casi en absoluto; distinguíamos los obstáculos con dificultad. Experimenté una ligera impresión de miedo y dejé de bñtir con mi vara las hierbas del camino.

Mi madre se apoyó con mas fuerza en mí; sus ojos debilitados apenas le permitían percibir confusamente los objetos, y arrastraba con cuidado los piés, tanteando el terreno con su largo báculo.

Comencé á impacientarme. ¡Buena

idea había tenido ella al querer pernoctar en Rocana, pudiendo haberlo hecho perfectamente en Villamar! De buena gana, si mis débiles brazos lo permitiesen, la hubiera cogido en ellos y emprendido una carrera hacia el punto a que nos dirigíamos.

.....
Y seguimos andando, lentos, silenciosos...

Al fin la anciana se detuvo.

—Parémonos, me dijo con voz desfallecida estoy muy cansada; no podré andar dos pasos más.

Yo no contesté. Nos acercamos á un añoso árbol de corpulento tronco y nos sentamos sobre sus raíces, ella gimiendo débilmente, yo poseído de un malestar creciente que bien podía traducirse en temor.

En nuestro alrededor las sombras impenetrables se fundían y acrecentaban, las copas de los árboles chocaban entre sí, empujadas por el impetuoso viento, produciendo un ruido ensordecedor y continuo. Todo era tinieblas medrosas, ráfagas huracanadas que sacudían el bosque, haciendo crujir las ramas é impeliendo violentamente la lluvia contra las hojas de los árboles.

Extremecido de miedo, me estreché contra el tembloroso cuerpo de mi madre que murmuró cariñosamente:

—Tienes frío y verdad?, Joselin. Es tás temblando: abrigate hijo mío.

Y sentí sus manos apergaminadas y huesosas que me embozaban en el mantón de que ella se había despojado.

¡Qué instantes tan angustiosos aquellos; cuanto miedo he tenido!... Sólo en las tenebrosidades de la enramada, con la perspectiva de pasar la noche en aquel lugar medroso, en

tre aquel aguacero violento:!! ¡Ouan grato y envidiable me pareció entonces el rincón oscuro y el húmedo puñado de pajas con que las almas piadosas de los labriegos solían socorrer nuestras miserias!

Por mi imaginación exaltada comenzaron á desfilar, vagos y pertinaces, los enojosos engendros del miedo. Me acordé de la lechuzza de ojos relucientes y silencioso vuelo que colocan las leyendas en los castillos deshabitados, de las brujas repugnantes que celebran sus aquelarres en los parajes solitarios, de la dama alta, seca y enlutada que extravía á los niños en las profundidades de los bosques...

El ruido de una hoja seca que se arrastraba por el sendero al soplo del viento, me parecía el rumor que producen los sigilosos pasos de una persona que se acerca; las ramas que cimbreándose con débiles crujidos, me rozaban el rostro, se me figuraban brazos de espectros que se alargaban para cogerme .. para arrebatarme...

Sentí unos deseos locos de huir. Rocana estaba tan cerca que bien podríamos llegar á ella en poco tiempo.

Me incliné sobre la pobre viejecilla y murmuré á su oído:

—Madre, vámonos. Y bajando la voz más aún: Tengo miedo, añadió.

Ella siguió callada. Tiempo hacía que había cesado de quejarse. Al acercarse había escuchado el extensor de su respiración rítmica y profunda. Estaba dormida, recogida en sí misma y apoyada la cabeza sobre las nudrosas raíces del árbol.

No sé lo que he pensado entonces. El instinto egoísta del miedo embargó mi espíritu; alargué la mano y, sigilosamente, poco á poco, sin sacudidas ni violencias, desprendí de

su cintura la faltriquera que contenía el dinero producto de la colecta del día.

Me puse en pié rápidamente, apreté contra mi pecho comprimido la remendada bolsa, y me alejé, primero en puntillas, silenciosamente, después corriendo velozmente por el sendero estrecho, tropezando en los árboles y en las malezas, rodando entre el fango y las hierbas del suelo,

tembloroso, aturdido..., abriendo los espantados ojos para penetrar en las tinieblas..., confundiendo los chasquidos de las ramas con la voz de la anciana que quedaba allá dentro sola y abandonada...

...¡Ah, Dios mio, que miedo sentí aquella noche!...

W. FERNÁNDEZ FLÓREZ.

La Defensa, n.º 14, 4 de noviembre de 1906.

